



ANY V.

REUS, 15 DE NOVEMBRE DE 1924

NUM. 116.



Biografia de D. JOAN SOL i ORTEGA

Treball llegit per son autor D. F. CABRÉ GONZÁLEZ, en l'acte de la col·locació del retrat en la Galeria de Reusencs il·lustres, del CENTRE DE LECTURA, celebrat el dia 18 de Juny de 1917.

(CONCLUSIÓ)

Sagasta (el hombre de las oportunidades y de los rasgos felices) temía más a Sol que a todos los republicanos juntos. Por eso trabajó lo indecible para que no fuese a las Cortes y cuando fué, pronunció con motivo del desastre colonial, aquella catilinaria, tan acerada, tan precisa, tan exacta, tan hermosa a la vez, pieza soberbia en los anales parlamentarios, faro luminoso que nos conduce a través de la guerra de Marruecos a la situación actual; las Juntas de defensa militares, después de dieciocho años han venido a darle la razón. Después de muerto sigue ganando batallas.

La virilidad del sentimiento, la clarividencia de su espíritu y la independencia de su voluntad fueron sus rasgos distintivos «Gent del camp, gent del llamp.» Conspira con Zorrilla, resiste la avalancha solidaria, liquida el desastre colonial cuan-

do todo el mundo calla, se entiende con Castelar, con Moret y con Canalejas para traer la república, domina a las turbas cuando la semana trágica... y al llegar la hora de la recolección, muere. Presentía que había nacido para la historia!

Si Demóstenes ofreció a sus contemporáneos los discursos conocidos por las tres gracias, también podemos escoger del jardín de Sol tres ramilletes para brindar a los intelectuales; el del desastre colonial; el en defensa de Barcelona y de la resistencia a los tributos; y el sobre la moralidad en tiempos de Maura.

Hay gran semejanza entre las dotes de Demóstenes y las de Sol. Su expresión es enérgica como la del orador ateniense; la trabazón del discurso es tan grande en uno como en otro orador; es el pensamiento, es la lógica misma hecha verbo la que habla; por eso no tiene necesidad de pulir la

frase, ni de alambicar el concepto; descuidado en la forma, pronunciando el castellano con marcado acento catalán, se hace entender aún de los más ignorantes porque es la verdad y la misma lógica la que desciende hasta las inteligencias más oscuras. Pero si las circunstancias lo exigen vuela como las águilas y en la región de las ideas puras cimbreaba su pensamiento, meciéndose en las ondas etéreas del cielo platónico y recordando indirectamente la tradición romántica, la vena de nuestros grandes místicos!

Ganó mucho dinero, murió pobre. Ya he contado antes el incidente que en 1909 le ocurrió en Biarritz; cuando la semana trágica se encontró sin una peseta. ¿Cuántos políticos españoles pueden decir lo mismo? Tendríamos que recurrir a Figueras, a Pi y Margall, a Barrio y Mier, a Rius y Taulet (de Sol es el mejor elogio del exalcalde que ha salido de labio alguno) para encontrar un político que sea tan honrado, tan sincero, tan altruista como el insigne reusense. «Me tachan los republicanos de moderado; la mayor parte de los que dicen eso se han pasado a la monarquía, yo continúo estando donde he estado siempre.» Antes de que fuera a palacio Azcárate y de que Melquíades Álvarez hiciera profesión de fé monárquica fué llamado Sol al régio alcázar. Como pertinente a convicciones honradamente sentidas y sinceramente practicadas declinó el honor lamentando de paso que el halago del poder, la satisfacción de bajas concupiscencias hiciera variar tan fácilmente al hombre.

No engañó a nadie. Como Mariano de Cavia en la redacción de «El Imparcial» le aludiera en una de aquellas interminables noches de invierno madrileñas, parte de las cuales iba Sol a pasar en compañía de buenos amigos que allí tenía, ofreciéndole con sorna la petaca de Espartero que había pasado a Prim, a Zorrilla y a Esquerdo, que acababa de fallecer, le contestó que para hacer la revolución no se necesitaba petaca sino *patacons*, palabra que to-

dos vosotros conocéis, pero que tuvo que explicar a todos lo que significaba aquel vocablo, tan propio de nuestros modismos, hasta dentro del catalán.

Hubo un semanario de la corte que un día pretendió mortificarle insertando en primera página una caricatura suya, persiguiendo a una modistilla. El autor de la chanza, conocido de D. Juan, le encuentra, le enseña la revista y le dice que qué le parece: que debo tener muy pocos defectos como político, cuando han tenido que recurrir a estas tonterías! le contesta el interpelado.

Fué revolucionario por esencia, presencia y potencia; niño, sirviendo de cartero a la revolución; joven afiliado al partido zorrillista y conspirando de veras cuando conspirar equivalía a tener el alma pendiente de un hilo; y muerto Zorrilla trabajando por la unión de todos los republicanos y continuamente, lentamente, aprovechando todos los momentos para dividir a los monárquicos, acechando todas las ocasiones para debilitarles, teniendo la revolución en el corazón, no en los labios para provocarla y no haciendo lo que muchos, aprovecharse del dinero de la monarquía para retrasar el advenimiento de la República.

Se le tachó de conservador, porque entendía que de venir un cambio de sistema no podía ser bruscamente: *natura non fecit saltus*. Quería entrar con el apoyo de todas las instituciones y de todos los organismos; aspiraba a que la gran masa neutra se pusiese de parte del movimiento, ganada a fuerza de inspirarle seguridad y confianza, mediante una honrada y recta administración para lo cual citaba a menudo el ejemplo del municipio de Lisboa, factor principalísimo en el advenimiento de la república portuguesa y el caso de Málaga republicana por obra y gracia de su municipio.

Persiguió constantemente la Unión republicana porque con un partido dividido no era posible inspirar confianza alguna;

luego, porque era preciso que esa unión trascendiera más allá de la victoria para que no ocurriese lo del 73, y además porque si los jefes en la oposición no daban ejemplo sacrificando egoismos ¿qué podía esperar el país para cuando triunfaran?

Quiero una República sin adjetivos—decía. No no soy federal; pero si mis correligionarios se deciden por ella seré el primero en acatar sus decisiones.

Sol fué un sol que no se apagó nunca, sino con la muerte; las manchas que empañan el astro rey ni aún en el se encuentran. Soñó siempre con la unión de los republicanos, la moralidad de sus hombres y con un momento oportuno para derribar a la monarquía.

El azar, la casualidad, dirán unos, su talento decimos nosotros, presentía que la crisis actual se estaba incubando silenciosamente.

En vida fué una esperanza; hoy sería una realidad.

El mejor elogio que podemos hacerle es imitarle; cada cual que piense lo que quie-

ra; hay derecho en el terreno ideal a respetarlo todo; el pensamiento no delinque; las utopías de hoy son los hechos de mañana. El movimiento se demuestra andando. Ya que en vida Sol no pudo ser Diputado por Reus (su sueño dorado y uno de sus más legítimos sinsabores) como no lo fueron Prim, como no lo fué Mata, que no perdure esa manía funesta que nos conduce al suicidio, al aniquilamiento; hemos puesto, en la calle donde nació su nombre; colgamos hoy su retrato en la Galería de Reusenses Ilustres, que con muy buen acuerdo inaugura esta casa solariega de la cultura reusense; no nos detengamos ahí: Sol aspiraba a ser enterrado en Reus, no pudo conseguirlo. El año próximo cumplen los cinco que la ley prescribe para el traslado de sus restos; comprometámonos hoy todos a hacer dicha traslación; que Sol repose entre nosotros; que la sombra del campanario de S. Pedro le cobije y que pueda decir, con aquel acento catalán, característico de nuestra tierra: Reus ja no es un poble gran; és un gran poble.

HÉ DICHO

